

Poemas

Rodolfo Häsler

Minuta

Florecimiento en verde, azul y púrpura

Caminamos sobre el techo de la medersa, el espacio es exiguo y apenas hay sitio para dos visitantes deslumbrados. Me dices que azoteas como esa están hechas para gente como yo y acepto el cumplido entre perplejo y complacido, sin querer averiguar por qué insistes en hablarme así.

No existe otra opción –dices– sólo sentimiento que se nutre de fiebre y un extenso sembrado prendido de flores que alcanzan la verticalidad de los poemas en su límite turquesa. No quepo en mí de gozo y al oído me susurras que todo esto no es nada comparado con lo que por mí sientes.

Para transgredir la realidad me aconsejas recurrir al poder mágico de ciertas piedras. Todo es sueño en la estancia superior, en el infinito humeante y cálido todo es silencio que se expande, símbolo de más delicada geometría, de alguna manera, sofisticación que apunta en cada uno de los gestos cuando intento retener tu carne blanca entre mis dientes.

Mandrágora

Te encaramaste a la columna y desde el capitel, como Simeón el Estilita, comenzaste a enumerar cada uno de mis desastres, para limpiar mi alma, para ganarme el cielo. Y te cuelgas al cuello la señal de tu grandeza, medallas con las que buscas algún tipo de protección que nunca hubieses creído posible alcanzar, y me insuflas

tu poder mientras que afuera apenas nada indica constancia de vida. A medida que te consolidas eres raíz maravillosa y juntos frecuentamos lugares donde el amor no espera y me confundes con la música al acercarnos a tu indicado *carpe diem* para ganar en frescura. Te conviertes en simple instigador al comprender que la poesía es un medio para la gloria, y en cierta manera, si te soy sincero, principio también de engaño y fechoría.

La catedral de Rouen I

El invierno se supone lento y apremiante, es el tiempo para dejarme llevar. Me acerqué a ti bastante trastornado, lejano en mi propósito como arena de playa muerta. Insistí en volver a verte y quedé fatal conmigo mismo, eran otros mis principios, y mientras caminaba, a eso de las dos de la madrugada, me acudían a la memoria las vidas de los escritores malditos y sus musas en los cafés de Viena, el oro de Klimt y ciertas sustancias que enardecen la libido. Todos esos pensamientos eran inseparables de la risa aun a sabiendas de que ya nada podía hacer que no fuera adorarte con todas mis fuerzas. Deseaba llegar a mi destino, fumar juntos hash y ver qué ibas a proponerme para el resto de la noche. Tanta sabiduría acumulada no tiene utilidad en momentos como éste y sólo puedo constatar la extrema ligereza en que me entrego a lo que verdaderamente siento.

La catedral de Rouen II

En mi escondite, tu corazón caliente como recluta teñido de nupcia, brisa equívoca, luz y ángel que lleva tu imagen, como en un templo me arrodillo para poder llevar la autoridad y la fuerza. Se escucha una oración color cobalto entre las paredes alicatadas de la estancia de reposo,

hechizo que de mi cuerpo envuelve al tuyo. Huelo a sudor, la puerta para descubrir las partes más fáciles de mi anatomía. La magia te engrandece y el poder de sublimarte que posee lo encubierto son rubíes después de una orden tuya. Ahondará la roja luz en su quemadura y la sed en el placer que indica la materia más justa. La fascinación de las turquesas, el ritmo de las piedras que emergen como creación nueva, en nombre de lo eterno, en nombre de la tentación, siendo tú sombra y contraste. Nada más puedo añadir. Todo es vivirte.

El jardín de los locos

Donde quiera que despierte me veo rodeado de naturaleza increíble, fervor de los días en que contamos la luna en su recorrido aliviándonos en la fresca lechosa de su carne. Sólo me busco en la manera sosegada de permanecer a tu lado, todo un ímpetu en el vientre que se pierde como orilla en mis manos, cuerpo tuyo invocado en las lilas de la resurrección. Tú eres el primer demiurgo ampliando la primavera en el terciopelo angosto de lo que veo en ti. Cruzas marcando el aire como el pájaro del alma, como una flecha, y me dices que el deseo vuelve fénix a quien acucia y que el escalofrío sazona las rosas coloradas de la pasión. No insistas en acordarte de un día anterior, no hables de la miel clara de tu piel, de la fruta de tu cuerpo en mi lengua, deja que las ramas y los brotes nos cubran y fecunden en su mejor derroche.